de la Madre Teresa de Jesus, por estas constituciones se pudiera echar de ver su maravillosa prudencia y sabiduría, la alteza de su espíritu, la grandeza de perfeccion, porque como san Gregorio dijo de san Benito: Quien quisiere saber muy bien su vida y costumbres, puédelo ver en sus constituciones, porque una mujer tan santa no pudo enseñar sino como ella vivió.

CAPITULO III.

De cómo ordenó que su Monasterio no tuviese renta alguna, sino que se viviese de limosnas.

Aun no está acabada de decir la perfeccion que la sierva de Dios quiso que hubiese en su Monasterio, pues falta una parte tan principal, como es la pobreza, que quiso fuese tan grande, que ninguna renta hubiese, sino siempre se viviese de limosna. Este propósito no le tuvo desde el principio, como se vé por las palabras suyas que puse en el capítulo primero de este libro, antes queria que tuviese renta, porque viviesen sin cuidado de lo temporal, hasta que despues en Toledo en las pláticas que tuvo con aquella beata de su órden, que fundó el Monasterio de Descalzas Carmelitas de Alcalá, entendió que conforme á la primera regla del Cármen, no se habia de tener. Parecióla bien esto, y si no hubiera de mirar mas que á sí, sin ninguna duda se determinara desde luego; pero temíase que no la habian de dejar hacerlo, y que si á las demás no daba el Señor los deseos de pobreza que á ella le habia dado, vivirian descontentas, y que podria la necesidad ser causa de distraccion, como se ha visto en algunos Monasterios. Comenzó para acertar mas, á tomar parecer de hombres letrados y de sus confesores, y todos la traian muchas razones para persuadirla que no convenia lo que ella deseaba. Pero como via que era la pobreza conforme á la regla y cosa de mas perfeccion, no acababa de creerlos; y si algunas

veces parecia que estaba convencida, en mirando á Nuestro Señor Jesucristo en la cruz pobre y desnudo, no podia llevar á paciencia el tener renta. Decíales que para no seguir su llamamiento, ni abrazar los consejos del Señor con toda perfeccion, no queria ayudarse de teología ninguna. En fin, antes que ella saliese de Toledo, vino por su ruego el santo Fray Pedro de Alcántara á visitar á doña Luisa de la Cerda, y dióle cuenta de lo que pasaba, y con su parecer se resolvió en no tener renta, ni buscar sobre aquello mas pareceres. Despues, estándolo un dia encomendando mucho á Nuestro Señor, tuvo un gran arrobamiento, y díjola Cristo Nuestro Señor: «Hija, en ninguna ma»nera hagas el Monasterio con renta, que esta es la voluntad »de mi Padre y la mia; yo te ayudaré.» Otra vez la dijo alabanzas de la pobreza, y que en la renta estaba la confusion, y la aseguró que á quien á él sirviese no le faltaria lo necesario para vivir. Con esto estaba contentísima, y en determinándose á vivir de limosna, la pareció que poseia toda la riqueza del mundo. Estando ya tan firme en este parecer, le vino casi á mudar despues, aunque no del todo, porque poniendo los de la ciudad mucha fuerza en que se deshiciese el Monasterio, y reparando mucho en la carga que seria para ella si hubiesen de vivir de limosna, pareciala á la Madre que seria bueno tomarla por entonces, hasta que aquel ruido cesase, y despues dejarla. Y habiéndose de hacer el concierto así, la noche antes estando en oracion la dijo el Señor: «Hija, no hagas tal concierto como »ese, porque si una vez comenzais á tener renta, no os consentirán »que la dejeis.» Y para que estuviese mas cierta de ser aquella la voluntad de Dios, la misma noche le apareció el santo Fray Pedro de Alcántara, que habia muerto poco antes, y aun estando cercano á la muerte y sabiendo la revuelta que habia en la ciudad, la habia escrito encargándola mucho que en ninguna manera tomase renta, y con eso vernia á hacerse todo como ella lo quisiese. Vióle lleno de gran gloria, pero con algun rigor (lo que otras veces que se le habia aparecido no solia), y díjola que en ninguna manera tomase renta, y que por qué no queria tomar

su consejo, y desapareciósе luego. Con esto, á la mañana trató con Francisco de Salcedo que de todo se desconcertase lo de la renta, y así se hizo. En fin, no descansó hasta hacer traer un breve del Papa, para no poder tener renta, y con esto se concluyó todo. Y no fué solo un breve, sino dos, y yo los he visto, el primero de Raynucio, Cardenal de san Angelo en el año tercero del Papa Pio IV, que fué año de 1562, y en él por comision que de palabra le dió el Papa, concede á las monjas de san José de Avila que no tengan renta, sino que vivan de limosnas. Otro es del mismo Pio IV, en el año sesto de su pontificado, á diez y siete dias del mes de julio, en que confirma la bula que primero habia dado para que se hiciese el Monasterio, y las dá que vivan de limosnas, y estén sujetas al obispo de Avila, y gocen de todas las gracias que los demás Monasterios de la misma órden gozan. Algunos años despues mudó parecer, no por su voluntad, sino porque personas muy letradas y espirituales hicieron grande instancia en que le mudase, y particularmente el Padre Maestro Fray Domingo Bañes, diciéndola que pues al Santo Concilio Tridentino habia parecido cosa conveniente tener renta los Monasterios, y especialmente era mas menester esto en Monasterios de monjas, no quisiese ella saber mas que el Concilio, á quien alumbraba el Espíritu Santo. Tambien se entiende (aunque de esto no estoy del todo cierto), que la mandó Nuestro Señor se llegase al parecer de estos sus siervos, y ella lo hizo así, como quien en todo obedecia á Dios y á sus ministros, y no se casaba con su propio juicio. No hubo en esto contradiccion ninguna en las revelaciones que tuvo, antes fué gran providencia de Dios mandar primero lo uno y despues lo otro. Porque este Monasterio, si la Madre esperara á tener primero renta, no se fundara, porque no habia de donde la haber, y publicárase el negocio primero, de manera que así su Provincial como la ciudad se lo estorbaran, y no se fundando él, cesaran los demás que se hacian fácilmente no esperando la renta, y si la hubieran de esperar no se hicieran, porque no habia quien la diese. Por otra parte, tantos Monas-

terios como se habian de hacer, porque los tenia Dios guardados para provecho de tantas almas que viven en ellos con gran perfeccion y santidad, no se pudieran bien conservar sin tener alguna renta siendo de mujeres, y tan encerradas, y si se conservaran, fuera aflojando mucho la perfeccion en que ahora están. Así que aquello fué muy conveniente al principio, y esto lo ha sido despues, y la esperiencia ha mostrado que aunque tengan renta, se guarda en ellos la perfeccion que se deseaba, y juntamente muy gran pobreza, porque no hay monja que pueda tener renta en particular, como en otras partes, ni dinero ninguno, ni vestidos, ni regalos de comer, sino á todas se dá todo lo que han menester, de lo que hay en casa, segun la necesidad de cada una. Y así no dependen de parientes, ni tienen necesidad de amistades, ni conversaciones de los de fuera para que las den lo que han menester.

Esta esperiencia, que digo, movió tambien mucho á la Madre. Cuando el santo varon Francisco de Salcedo vió que ya el Monasterio podia tener renta, mandóle para despues de sus dias docientas hanegas de pan de renta y doce mil maravedís de yerba, y unos pedazos de monte, y despues el Señor ha ido dando mas y acrecentando esta obra que era tan suya.

CAPITULO IV.

Del alboroto interior y esterior que se levantó despues de tener ya fundado el Monasterio.

Tornando, pues, á lo que íbamos diciendo de la nueva fundacion, estaba la Santa Madre contentísima, que no cabia de placer, viendo cumplidos sus deseos, y (lo que ella mas estimaba) las promesas del Señor, y una iglesia mas en que hubiese el Santísimo Sacramento, y que la iglesia fuese de su amado Padre san José, de quien ninguna habia en Avila, y viendo cuatro huérfanas tan bien remediadas, pues tan de veras se habian arrojado en las manos del Señor. Regalábase mucho su alma en ver la misericordia que la habia hecho el Señor en quererla tomar por instrumento de una obra tan grande, y estaba de contento como fuera de sí, en una alta oracion. Mientras ella estaba tan llena de placer, el enemigo antiguo, lleno de envidia y de pesar, estaba esperando la licencia del Señor para vengarse, cuanto pudiese, de quien tanto mal le hacia. Paréceme (si para ello se le dió licencia), que iria y vernia como cuando andaba persiguiendo al santo Job, para que se la dejasen en sus manos. Ibase ya acercando la cruz que el Señor la habia dicho que la estaba esperando, y así, acabado todo lo arriba dicho, de allí á tres ó cuatro horas dió lugar Dios al enemigo para que comenzase á usar de su oficio con ella, y revuélvela en

su corazon tanta diversidad de pensamientos y temores vanos, y levanta con estos una tan gran tristeza en el alma, que poco antes estaba tan alegre, que no parecia ella, ni se podia valer. Comienza á pensar si en aquella fundacion habia ido contra la obediencia de su Perlado, si habian las nuevas monjas de hallarse bien con tanta estrechura, si se habian de poder sustentar. De sí tambien pensaba, que quien la habia metido en aquello, pues tenia buen Monasterio, si habia de poder estar en casa tan estrecha, y con tantas enfermedades como tenia, cómo habia de poder sufrir tanta penitencia, y que habia dejado una casa muy buena, donde tenia aposento muy á su gusto, y las amigas que allá tenia, y que quizá las de acá no serian tanto á su propósito, que por ventura el demonio habia pretendido aquello para quitar la paz y quietud de su alma, sin la cual no podria tener oracion, y sin estas dos cosas podria ser que se viniese á perder. Y como el enemigo escurece luego el entendimiento, estaba su alma en una grande escuridad, que no parece habia resquicio ninguno por donde la entrase un poco de luz. De todo cuanto el Señor la habia dicho sobre el Monasterio, y de lo que la habia prometido, de todos los pareceres que en confirmacion de eso la habian dado tantos siervos de Dios, de las maravillas que el Señor habia mostrado, y en fin, de la paz y alegría grande que un poquito antes habia tenido, y de todo lo que la podia ayudar, estaba por entonces tan olvidada, como si nunca hubiera sido. Fué este uno de los recios y tristes ratos que ella tuvo en su vida, que parecia adevinaba su alma lo mucho que la quedaba por pasar. Mas en estas tan graves tinieblas, embióla un rayo de luz el Padre de las lumbres, con que echó de ver quién era el que la habia causado aquella escuridad, y que no pretendia con tantas mentiras sino espantarla y hacerla alzar la mano de lo que habia comenzado, y puso los ojos en lo que antes solia pensar, y en los deseos que tenia de servir á Dios con toda perfeccion y de padecer por él. Con estas y otras semejantes consideraciones, determina de romper por todos los inconvenientes que se le ponian delante para llegarse bien á Dios; y sintiendo en sí una grande contradiccion, véncela varonilmente, y delante del Santísimo Sacramento promete de hacer, cuanto pudiere, para tener licencia de venirse á su nuevo Monasterio, y hacerlo sin dilacion en pudiéndolo hacer, con buena conciencia, y promete la clausura que ahora se guarda.

En haciendo esto, vino á su alma gran claridad y serenidad, y el príncipe de las tinieblas huyó, y la quedó un contento tan grande de lo que habia hecho y prometido, que jamás en su vida le faltó. Luego que en la ciudad se supo que estaba hecho el Monasterio, alababan mucho á Dios; pero de allí á pocas horas revolvióla todo el demonio, de manera que á los principales del pueblo se les puso en la imaginacion, que si no le deshacian, la ciudad se habia de destruir, y tomaron una ira grande y porfía, y comenzóse el pueblo á alborotar. Estando, pues, la Madre con esta seguridad, y no sabiendo nada de lo que allá fuera pasaba, quiso descansar un poco despues de comer, porque no habia dormido aquella noche, y muchos dias y noches antes habia trabajado mucho, mas no la dieron lugar, porque como en la Encarnacion y en toda la ciudad se supo lo que aquella mañana habia pasado, hubo grande alboroto, y la Priora la envió á mandar que luego se viniese. No hubo ella visto el mandamiento de su Priora, cuando lo deja todo, y se viene despidiéndose de sus cuatro novicias, á quien dejó muy afligidas, y suplicando al Señor la favoreciese, y al glorioso san José la volviese presto á su casa, y entretanto dejó por mayor á Ursula de los Santos.

Llevaba entendido que la habian de echar en la cárcel y dar grandes penitencias, y iba con gran deseo de padecer por Dios, y con mucho contento de que se le hubiese ofrecido para esto tan buena ocasion. En llegando, dió razon de sí á la Priora, y aplacóse algo, y determinaron de enviar á llamar al Padre Provincial Fray Angel de Salazar, y dejárselo todo á él para que él conociese de la causa. Llegó el Provincial y mandóla parecer ante sí á juicio. Solia ella contar, que cuando ha-

bia de ir á este juicio estaba con un contento tan grande, de ver que padecia algo por el Señor, que no podia tener la risa, ni sabia cómo habia de disimular este contento y esta risa delante de él. Decian las monjas grandes cosas al Provincial contra ella, y él la dió una gran reprension: ellas ayudaron y agravaron el delito: ella pedia perdon y decia que la castigasen, y no hablaba mas, porque estaba determinada de no volver por sí. El Provincial la mandó que respondiese por sí delante de todas las monjas, y ella con mucha paz, porque de todo lo que habia pasado ninguna alteracion habia sentido, lo hizo de manera que ni el Provincial ni las monjas tuvieron qué decir. Despues le habló á él mas claro, y quedó tan satisfecho, que la prometió, en sosegándose la ciudad, darla licencia para que se volviese al Monasterio que habia hecho. Ya esto del Monasterio y de su órden estaba sosegado; pero la ciudad estaba tan alterada, como si la hubiera venido un muy grande mal, en que luego convenia se pusiese remedio. Y fuera de lo mucho que se decia en todas partes, y la soltura con que desto se hablaba, júntanse de allí á tres dias el corregidor y regidores y algunos del Cabildo, y el dia siguiente júntanse en el Consistorio los mas principales de las órdenes, y con ellos el regimiento de letrados y comun del pueblo, como si ya la ciudad estuviera para perderse, y tratóse del negocio con mucho calor y porfía, y con grandes encarecimientos de los daños que de aquel Monasterio se seguian. La conclusion de todo esto y la resolucion de estas consultas, fué que venia mucho daño á la ciudad de aquel Monasterio, y que no se habia de consentir, sino que luego se quitase el Santísimo Sacramento y se deshiciese. Eran las veras con que todos tomaban esto tan grandes, que hicieran lo que habian dicho, si no saliera el Padre Maestro Fray Domingo de Bañes, de la órden de santo Domingo, Catedrático que es ahora de Prima de Teología en la universidad de Salamanca, el cual, aunque habia sido de parecer que no se hiciese el Monasterio sin renta, les dijo que no era aquel negocio que tan presto se habia de determinar, que se mirase mas en él, pues

habia tiempo para ello, que era negocio del obispo, y otras cosas mas, con tanta prudencia, que bastó para que aquella apresurada resolucion que en aquellas juntas se habia tomado, no se ejecutase. En el lugar habia grande alboroto y en todas partes se hablaba de eso, y condenaban á la Madre y á todos los que la habian ayudado; y iban y venian á la Encarnacion y al Provincial con lo que se decia, y con lo que se les ofrecia, y el demonio andaba por todas partes para que no se aplacase, sino antes creciese la terrible tempestad que él habia levantado. La Madre, entretanto no dormia, como Josías en lo bajo de la nao, sino daba voces á Dios, y estaba su corazon tan sosegado con saber las cosas que de ella se decian, como si nada se dijera. Y con esta paz escribió á Toro, á doña Guiomar de Ulloa, un dia despues de estas consultas, todo lo que habia pasado en la ciudad: y cuando todos trataban de deshacer el Monasterio, la enviaba á decir que la comprase unos misales y una campanilla que habia menester. Con todo eso, otras veces entraba la tentacion y la daba pena con temor de no se viniese á deshacer. Estando por esto una vez fatigada, el Señor, que siempre andaba tan cerca de ella, para consolarla la dijo: «¿No sabes que soy poderoso? ¿de qué temes? Ten por cierto que no se deshará el Monasterio; yo cumpliré lo que te he prometido.» La ciudad, que habia tomado esta porfía muy á pechos, hacia entretanto lo que podia; y el corregidor, viendo que no habia quien le resistiese, pensó tenerlo ya acabado, y vá á san José y manda á las cuatro monjas que se salgan, y si no, que las quebrantará las puertas. Ellas respondieron con gran ánimo, que el que allí las habia traido, las mandaria salir cuando hubiesen de salir, que él no tenia que ver con ellas, pues tenian Perlado. Reportóse algo con esto el corregidor, y nadie se osó desmandar, sino dejáronlas. Parecióles mejor no llevarlo por fuerza, sino por justicia, y hubo luego demandas y respuestas de audiencia. Pero como el corregidor y el regimiento eran la parte contraria, no habia procurador ni escribano que quisiese hacer las partes del Monasterio, de manera que fué forzoso al Padre

Julian de Avila, hermano de María de san José, ir á hacer algun requerimiento al corregidor ó algun otro auto que fuese necesario, porque como era clérigo y siervo de Dios, y no tenia que temer á nadie, iba y venia con recados á la Encarnacion, y por su medio negociaba la Madre, y así era menester que hiciese á ratos oficio de procurador y aun de escribano. Apelóse de parte del Monasterio para el Consejo Real, y él proveyó en favor de las monjas de san José un Recetor que viniese á hacer probanza á Avila, la cual de parte del Monasterio se hizo muy bastante, y la ciudad tambien hizo la suya. Ya aquí estaba comenzado un pleito ordinario, porque la ciudad enviaba personas de su parte á la córte, y era menester que el Monasterio tambien enviase de la suya, ó perderse el negocio. Pero ni habia quien fuese, ni dineros para ir, ni la Madre sabia qué se hacer. Y no paró aquí, que estando ausente el Provincial, la Priora la mandó que no tratase de ello. Ella con esto (porque no habia de ir contra lo que su Priora la habia mandado), fuese á buscar el remedio á donde siempre le solia hallar, y dice á Dios: Señor, esta casa no es mia: por Vos se ha hecho; ahora que no hay quien haga nada, es menester que lo haga todo Vuestra Magestad. Y con haber dicho esto, quedó tan consolada y sin pena, como si á todo el mundo tuviera de su parte, y tuvo por seguro el negocio.

CAPITULO V.

De lo mucho que duró la contradiccion, y cómo se vino la Madre al nuevo Monasterio, y todo se sosegó, y comenzó á haber mucha devocion con aquella casa.

No tardó nada en verse cuánto vale la fé y confianza en Dios, porque luego salieron al negocio algunos siervos de Dios, como el Maestro Daza y Francisco de Salcedo, y Gonzalo de Aranda, clérigo bien conocido allí y en otras partes por sus virtudes, y tan de veras salieron como si fuera suyo propio el negocio, y mas porque vian que era de Dios. Y Gonzalo de Aranda fué de parte de la Madre á Madrid. Hubo otra gran junta en la ciudad, en la cual se halló el mismo Maestro de parte del obispo, y todos estaban en que se habia de deshacer: él los resistió y con mucha prudencia los aplacó por entonces; pero luego se tornaban á hacer cuanto podian para desbaratar el Monasterio. Duró esta persecucion casi medio año, y todo este tiempo la Madre llevaba la cruz que el Señor la habia dicho, y á estos siervos de Dios que la ayudaban, les alcanzó tambien de ella no pequeña parte. Así que, bien podia decir la Madre lo que una vez me dijo á mí con mucha gracia hablando de esto y riyéndose, que habia querido que se fundase aquel Monasterio el dia de san Bartolomé, para que la amparase y librase del demonio, y que no pareció sino que se habian soltado todos sus diablillos contra ella. La manera de vivir que tenian entretanto las cuatro novicias, era esta. Dejó la Madre encomendado el Monaste-

rio al obispo y á aquellos siervos de Dios que la habian ayudado, y ellos lo hicieron muy bien, proveyéndolas de quien las dijese misa y administrase los Sacramentos, y visitábanlas y animábanlas á lo que habian comenzado. Particularmente el Maestro Daza, á quien el obispo habia dado sus veces para que acudiese á hacer esto, las hacia las pláticas espirituales y las tomaba cuenta de la oracion, y de la manera de proceder que cada una llevaba. Hacian su capítulo de culpas, en que las unas á las otras se ayudaban en caridad, y él las mandaba hacer sus mortificaciones, y ellas le obedecian. En el coro no se rezaba mas que el oficio menor de Nuestra Señora, porque no tenian quien las enseñase el rezado de la órden, hasta que vino la Madre. Despues de todo esto, con las oraciones que habia y con las buenas obras de la Madre y de sus monjas, iba poco á poco cayendo la tempestad; pero levantóse un vientezuelo que parecia habia de traer consigo la bonanza, y sin pensar, se tornaron á alterar las ondas que aun no se habian sosegado. Fué un siervo de Dios, que con buen celo dijo que se pusiese el negocio en manos de letrados, para que con lo que ellos dijesen, el pleito se acabase. Parecia buen partido este, y á algunos de los que ayudaban á la Madre les pareció acertado; pero ella en ninguna manera lo podia acabar consigo, porque sabia que tenia casi á toda la ciudad en contrario, y tuvo mucho trabajo en resistir y deshacer en esto. En este tiempo trajo Dios á Avila al Padre Presentado Fr. Pedro Ibañez, que pareció traerle solamente para la necesidad que habia de presente, porque no tenia para qué venir, y estuvo lo que fué menester para aplacar los corazones de muchos, como lo hizo, por la grande opinion que se tenia de sus letras y santidad. En yéndose se trató por algunas vias (y particularmente por la del obispo, á quien las cuatro novicias daban la priesa que podian sobre ello) con el Padre Provincial del Cármen, diese licencia á la Madre Teresa de Jesus para que viniese á san José, y gobernase y enseñase á sus monjas. Como las cosas entonces estaban, imposible parecia poderse alcanzar tan presto, pero en fin se alcanzó. Era ya

esto mediada la Cuaresma del año de 1563, y con obediencia y bendicion, se vino llena de alegría á sus nuevas hijas, que siempre estaban clamando á Dios por su venida, y así fué tan alegremente recebida, cuanto habia sido con grandes lágrimas y suspiros deseada. Tuvo licencia tambien para que se viniesen con ella algunas de la Encarnacion, y así se vinieron Ana de san Juan, Ana de los Angeles, María Isabel, Isabel de san Pablo, que era parienta de la Madre y la habia tenido consigo algunos años en la Encarnacion, donde entonces era novicia, y no quiso hacer allí profesion, sino venirse con la Madre á hacerla á san José. De estas hizo Priora á Ana de san Juan, porque ella no lo quiso ser, y Supriora á Ana de los Angeles; pero andando el tiempo, viendo el Perlado que convenia fuese Priora la que en la verdad era la Madre y maestra de todas, hizo tomar el oficio á la Madre Teresa de Jesus, aunque ella mucho mas gustaba de obedecer que de mandar, y así por no faltar en el obedecer, hubo de venir á mandar. Si de las monjas fue bien recebida, fuélo muy mejor de su celestial Esposo, á quien vió el mismo dia, estando en un grandísimo arrobamiento, que la recebia con grande amor, y la ponia una rica corona, agradeciéndola mucho lo que por su Madre habia trabajado. Y otra vez, estando todas en el coro en oracion despues de Completas, vió á Nuestra Señora con grandísima gloria con un manto blanco, que debajo de él las recebia y amparaba á todas. Donde tambien entendió cuán alto grado de gloria habia de dar Dios á las de aquella casa. Luego el pueblo comenzó á tomar mucha devocion con aquel Monasterio, y recibieron algunas monjas, y el Señor trocó de tal manera los corazones, que los que mas las habian perseguido, las favorecian mucho y las hacian limosnas, y alababan lo que antes tanto habian reprendido. Con esto, poco á poco fueron dejando el pleito, y diciendo que bien claro se via ya ser aquella obra de Dios, pues habiendo tanta contradiccion, siempre habia ido adelante. Siempre ha durado esta devocion, y han venido bien á desengañarse de lo que primero pensaban, porque ven de cuánto provecho

ha sido el Monasterio, y de cuánta gloria de Dios. Y él se ha aumentado de tal manera, que de seis años á esta parte se han gastado en coro y capillas y en la casa, cerca de nueve mil ducados, sin que el convento se haya adeudado para ello. Donde se vé claramente ser la mano del Señor, y cuán bien se vá cumpliendo lo que dijo á la Madre: «Entra como pudieres, que tú verás lo que yo hago.» En todo este tiempo que estuvo la Madre en san José, que fueron cinco años, como despues se dirá, trató mucho con el Padre Maestro Fray Domingo Bañes, y como echó bien de ver lo mucho que el Señor le habia comunicado, no solamente de letras, con que tanta luz ha dado y dará siempre por medio de sus escritos, sino tambien de discrecion y prudencia, y de mucha religion y espíritu, gobernábase por él y comunicábale sus cosas clara y enteramente, con que no fué poco aprovechada. Luego como esto se sosegó, comenzó el Señor á traer monjas á este su Monasterio, que le fueron ayudando, y una de ellas fué doña María de Ocampo, sobrina de la Madre, causando á todos harta devocion y admiracion con su entrada, que fué dia de san Juan Ante Portam Latinam, como año y medio despues de la fundacion de san José. Con lo que trajo, se quitó un censo que tenia el Monasterio, é hizo la Madre unas ermitas para tener oracion, y puso en ellas tales pinturas, que ponen mucha devocion á quien las vé, y no quiso que la diese su padre mas de para esto. Al setiembre de adelante, entró otra sobrina de la Madre, llamada doña María de Avila, hija de Alonso Alvarez de Avila, hombre muy noble en linaje, y mas en virtudes, por cuya causa le llamaban Alonso Alvarez el santo. Vino triunfando del mundo muy galana, con mucha seda y oro, y con todas las galas y aderezos que se podian pedir, acompañada de toda la caballería de la ciudad, porque tenia parentesco con la gente principal de ella, y á todos los tenia espantados, porque era sola en casa de su padre, y ya heredada, y que poco antes tenia tan altos pensamientos, que la parecian poco todos los casamientos que la salian. Habíala poco antes tocado el Señor con mano fuerte, y despues de muchos

dias de afliccion y lágrimas, peleando con Dios, él porque fuese monja, y ella por no lo ser, en fin, se rindió y determinó de serlo. Y desde ese punto quedó tan sosegada y contenta, como si toda su vida lo hubiera deseado. Tuvo contradicciones para su entrada; pero estaba tan fuerte, que gustaba de las mismas contradicciones. Como la recibieron, de allí á un poco la sacaron á la iglesia, dejados los vestidos de la vanidad y tomada la jerga por la seda y oro; y doña María de Avila, mudada en María de san Gerónimo, donde á unos puso devocion y á otros lástima, viendo pobre y humilde á la que acababan de ver tan galana: y como se dió á sí á Dios, así le dió liberalmente consigo su hacienda, dotando una capellanía y haciendo aquella iglesia mayor. Y despues fué hartos años, y lo es ahora, Priora de la misma casa. Entró tambien la Madre Isabel de santo Domingo, de quien diremos adelante, que ha ayudado mucho á la órden, y otras con quien la casa en todo fué creciendo.